
El paria*

Quien habla en este libro admirable con el pseudónimo de Viramma es una excluida "importante": es una paria. "Paria", palabra creada por los colonizadores portugueses, proviene del tamil, lengua del Sudeste del subcontinente, hablada en el estado de Tamil-Nadu y en Sri-Lanka. Los parias eran "los del tambor", instrumento confeccionado con la piel impura de los animales muertos; la denominación local deviene universal. Más adelante, se les llamó "Intocables", justo en el momento en que el Mahatma Gandhi, en una inquietud liberadora, les dio el nombre de "*harijans*", hijos de Dios. Hoy, después de medio siglo de luchas, en plena revuelta de masas, ellos mismos han decidido su denominación: los "*dalits*", los oprimidos.

Los méritos del magnífico libro de Josyane y Jean-Luc Racine son innumerables: políticos, etnológicos, literarios y de una gran universalidad. No nos engañemos:

si Josayne no hubiera sido pondicheriana, tamil y francófona; si Jean-Luc no hubiera sido uno de los numerosos errantes de la ruta de las Indias, versión mayo sesenta y ocho, y si no se hubieran encontrado, enamorado y casado, su libro no estaría lleno de este amor que provoca la adhesión. Porque no son dos, son tres, verdaderamente tres. El mérito esencial de esta conmovedora pareja consiste en haberle dado la palabra a Viramma. ¡Y qué palabra! Viva, fresca, precisa, chispeante de ternura y humor; constantemente consagrada a nombrar los diferentes sentidos de la vida, las dificultades y la pasión, la norma y su contrario, la opresión y la astucia, con una locura deliberadamente erótica: Viramma es una narradora genial.

Nacida paria, paria quiere seguir: cada uno en su lugar, los parias en la dependencia y los otros por encima. Es el "*dharma*", la vía (cor)recta; Viramma no es una contestataria. Pero lo sabe: sus niños van a la escuela, se independizan, su marido está politizado, su hijo vota por los comunistas, en ocasiones ella también vota, confundiendo con los sim

* Tomado de *Magazine Littéraire*, núm. 334, julio-agosto, 1995, Paris. Agradecemos a esa revista el permiso para la publicación de esta reseña.

bolos para analfabetos, sí, pero ahí está, las cosas están cambiando. La visión política del mundo alrededor de Viramma es un poco vaga y difusa: el viejo Mahatma de gran corazón, flacucho como una lombriz, su "casta hija Indira" (*sic*) defendió a los pobres y los ricos la asesinaron, pero mal que bien, la suerte de los excluidos ha cambiado. Viramma no sabe gran cosa de los grandes Intocables de la lucha por la Independencia, el doctor Ambedkar, redactor de la constitución india; Periyar, fundador del Movimiento por el respeto a sí mismo; sin duda, no sabe que el actual vice-presidente de su país es, también, un intocable: pero lo que sí sabe es que el "*dharma*" de sus hijos ya no es el suyo.

No es desgraciada: vive sin que le falte nada. Viramma es comadróna, plañidera, cantora. Pequeña y endeble, es de una increíble resistencia tanto física como moral: por ello, ¡nada le golpea! De doce hijos, tres están vivos. El trabajo en el campo es terrible, está condenada a "cocerse al sol"; los amos son, en el mejor de los casos, paternalistas, en el peor, duros como la piedra. No importa: Viramma es la alegría, la risa, la palabra. ¡La palabra sobre todo! A diferencia de las altas castas, los parias, que comen carne "como los blancos", tienen el poder del lenguaje soez. De ellos es el insulto jocosos, las palabras indecentes, el vocabulario del sexo es lanzado como un guijarro desde la resortera de la lengua. Pendejo putrefacto, bebedores de mierda, cogedores de hermanas, rompe huesos... Viramma lo dice muy bien:

ustedes, cuando quieren a sus niños, les llaman "mi perlita" o "mi ramita de jazmín"; pero nosotros, los parias, decimos "mi pendejito", "mi reglita"; la ternura misma. Con la cólera, las propias palabras se vuelven insulto, meollo de las relaciones humanas, instancia de conflicto y de solución. Se deslizan en las canciones, se insinúan en las historias picantes de las que Viramma se ha vuelto una especialista, liberan la vida y la hechizan. Sí, las palabras, las toscas palabras, sirven para la resistencia.

Y cuando no sirven para la defensa de los oprimidos, las palabras se convierten en brujos, en hechiceros. El mundo de Viramma está poblado de fantasmas y de dioses a los que ella accede indirectamente, de lejos. Pero las historias, los relatos, la naturalidad de un parto, de las primeras reglas, la verdad de la sexualidad, se los apropia por completo. Y la espantosa exclusión social que sigue aún vigente para cientos de miles de hindúes,

ella la convierte en un trampolín vivo: predica la paciencia entre los suyos, pero mira de reojo con malicia el ascenso político de los "dalits", que modifica la evolución de la India moderna. Es como su marido, que se lo impusieron a los trece años: al principio, él fue el miedo, un suplicio, y después ella le fue tomando gusto, adora "sus pequeños cojones peludos y su dardo gordo y duro como la caña de azúcar con su glande violeta", empezó a amarlo: "somos felices y nos satisfacemos".

Cuando se lee a Viramma, se reencuentra el gusto por palabras ya

olvidadas: "Arriba los pobres del mundo...". La razón retumba en su cráter, jubilosa.

Catherine Clément

Une vie paria, le rire des asservis, Inde du Sud, Josyane et Jean-Luc Racine, Coll. Terre Humaine, Ed. Plon.

Traducción: Sofía **Rojo** Arias